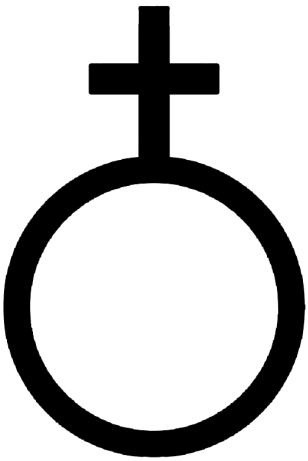
Johanna Schmidt

El feminismo es humanista pero yo no



EDITORIAL
EL BOZAL DE LA LOGICA

Yo, ¿llegaré Yo a Mí misma y a lo Mío mediante el feminismo? La feminista, ¿a quién considera su semejante? ¡A la Mujer! Sé tan sólo una Mujer —y ya lo eres— y la feminista te llamará su hermana. Poco le importan tus opiniones y tus necedades privadas, desde el momento en que pueda ver a la Mujer en tu persona.

Poco le importa lo que seas particularmente, porque si es consecuente, sus principios le impiden darle la menor importancia; no ve más que lo que eres genéricamente.

En otros términos, no te ve a ti misma, sino al género; no a Malena o María, sino a la Mujer; no la real o la única, sino tu esencia o tu concepto; no a la individua de carne y hueso, sino al Espíritu.

En cuanto Malena, no serías su igual, porque ella es María y no Malena; pero en cuanto Mujer, eres lo que ella es.

Si es verdaderamente una feminista y no una egoísta inconsciente, Tú, Malena, a sus ojos, es como si no existieras, lo que, entre paréntesis, le facilita bastante sostener su amor fraternal; lo que ella ama en Ti no es a Malena, de quien no sabe ni quiere saber nada, sino únicamente a la Mujer.

No ver nada en ti y en mí más que a la "Mujer", es llevar al extremo la manera de ver cristiana, según la cual una no es para las demás más que un concepto (por ejemplo, una aspirante a la salvación, etc.).

El Cristianismo propiamente dicho nos reúne aún en un concepto menos general: así, somos "las hijas de Dios", las "guiadas por el espíritu de Dios"[1]*; sin embargo no todas pueden enorgullecerse de ser hijas de Dios, ya que aunque "El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijas de Dios"*[2]*, ese mismo Espíritu señala también a las que son hijas del diablo.*[3]

Para ser hija de Dios, era preciso no ser hija del diablo; la familia divina excluía a ciertas mujeres. Por el contrario para ser hijas de las mujeres, es decir, mujeres, nos basta pertenecer a la especie humana, ser ejemplares de esta especie.

La que yo soy no te interesa, si eres una buena feminista; tú ignoras y debes ignorar mis asuntos privados; basta que seamos las dos hijas de una misma madre, la especie humana: en cuanto "nacida de la mujer", soy tu semejante.

¿Qué soy, pues, para ti? ¿Soy esa yo en carne y hueso que va y viene? ¡Cualquier cosa menos eso! Esa yo, con sus pensamientos, sus determinaciones y sus pasiones, es "algo privado" que no te concierne, "una cosa para sí".

Como "cosa para ti" no existe más que mi concepto, el concepto de la especie a que pertenezco, la Mujer, que se llama tal vez Malena, pero podría llamarse lo mismo Juana o Micaela. Tú ves en mí, no a mí, la real, la corporal, sino a la irreal, al fantasma: a una Mujer.

En el curso de los siglos cristianos, toda clase de personas han pasado sucesivamente por ser "nuestras semejantes", pero siempre las hemos juzgado según ese Espíritu que esperábamos de ellas; nuestra semejante fue, por ejemplo, aquella, cuyo espíritu manifestaba una necesidad de redención; más tarde, la que poseía el espíritu de buena voluntad; luego, al fin, la que mostraba un espíritu y un rostro humanos. Así fue variando el fundamento de la "igualdad".

Desde el momento en que se concibe la igualdad como igualdad del espíritu humano, se ha descubierto una igualdad que abarca verdaderamente a todas las mujeres; porque, ¿quién osaría negar que nosotras, mujeres, poseemos un espíritu humano?

¿Estamos por eso más avanzadas que al comienzo del Cristianismo? Nuestro espíritu debía ser entonces divino, y hoy debe ser humano; pero si lo divino no bastaba para expresarnos, ¿cómo podría lo humano expresar todo lo que nosotras somos?

Feuerbach, por ejemplo, cree haber descubierto la verdad cuando humaniza lo divino. Pero si Dios nos ha hecho sufrir cruelmente, "la Mujer" está en situación de martirizarnos más cruelmente aún. Digámoslo en algunas palabras: si somos mujeres, esta cualidad de mujeres sólo es la menor en nosotras y no tiene significación e importancia más que como una de nuestras "propiedades", como contribuyendo a formar nuestra individualidad.

Ciertamente yo soy, entre otras cualidades, una mujer, lo mismo que soy, por ejemplo, un ser viviente, un animal, una americana, una platense, etcétera; pero la estima del que no apreciase en mí más que a la mujer o a la platense me sería muy indiferente. ¿Por qué? Porque apreciaría sólo una de mis propiedades y no a Mí.

Lo mismo sucede en cuanto al espíritu. Yo puedo contar en el número de mis atributos un espíritu cristiano, un espíritu leal, etc., y ese espíritu es mi propiedad; pero yo no soy ese espíritu: él es mío, yo no soy de él.

Volvemos a encontrar, pues, en las feministas el antiguo desprecio de las cristianas por el Yo, por la Malena o María de carne y hueso. En lugar de tomarme por lo que soy, no se considera más que mi propiedad, mis atributos, y si quiere unírseme, sólo es por amor a mi bolsillo; se casan con lo que tengo y no con lo que soy. La cristiana se adhiere a mi espíritu y la feminista a mi humanidad.

Pero si el espíritu, ese espíritu que no se mira como la propiedad del Yo real y corporal, sino como el yo mismo, es un fantasma, la Mujer en quien se quiere reconocer, no a uno de mis atributos, sino al Yo propiamente dicho, es, también ella, solamente un fantasma, un pensamiento, un concepto.

Por eso la feminista gira eternamente, sin poder salir, en el mismo círculo en que está encerrada la cristiana. Como el espíritu de la humanidad, es decir, la Mujer, te habita, eres una mujer, lo mismo que eres una cristiana, si el espíritu de Cristo habita en ti. Pero puesto que la Mujer que está en ti no es más que un segundo Yo, aunque sea "tu verdadero y tu mejor" Yo, sigue siéndote extraño, y debes esforzarte para llegar a ser Mujer plenamente. ¡Un esfuerzo tan estéril como el de la cristiana para llegar a ser plenamente espíritu bienaventurado!

Hoy, que el feminismo ha proclamado a la Mujer, se puede decir que el cristianismo ha sido así llevado a sus últimas consecuencias y que, desde su origen, el cristianismo no se ha dedicado más que a la tarea de realizar a la Mujer, a la "verdadera Mujer".

Se comprende, pues, que es un error creer que el cristianismo concede al Yo un valor infinito (como, por ejemplo, lo podrían hacer suponer la doctrina de la inmortalidad, el cuidado de la salvación, etc.). No: ese valor no lo atribuye más que a la Mujer. Sólo la Mujer es inmortal y sólo en cuanto Mujer yo lo soy también.

El cristianismo enseñó bien que ninguna perece por completo, y también el feminismo declara que todas las mujeres son iguales; pero eternidad por una parte, igualdad por otra, no conciernen más que a la Mujer que esta en mí y no a mí. Sólo en cuanto soy el sostén, la hospedadora de la Mujer, yo no muero; en el mismo sentido en que se dice: "la Reina no muere". Victoria muere, pero la Reina le sobrevive; y yo muero, pero mi espíritu, la Mujer, sobrevive.

Se ha encontrado una fórmula para identificar completamente el Yo y la Mujer, y se emite esta sentencia: "que una debe volverse genérica".[4]

La religión humana no es más que la última metamorfosis de la religión cristiana. El feminismo, en efecto, es una religión porque me separa de mi esencia y la coloca por encima de mí, porque eleva "a la Mujer" como la religión eleva a su dios o su ídolo, porque convierte lo que es mío en algo extraño y hace de mis atributos, de mi propiedad, algo ajeno a mí, es decir, una esencia; en suma, el feminismo es una religión, porque me somete a la "Mujer" y por lo tanto me impone una "vocación".[5]

Referencias

[1] Romanos, 8:14.

[2] *Cfr.* Romanos, 8:16.

[3] "En esto se manifestaban los hijos de Dios y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios." 1 Juan 3:10.

[4] Karl Marx, *La cuestión Judía*, Nuestra América, Buenos Aires, 2005, p. 48. El fragmento completo es: "En cuanto el individuo real es subsumido en la categoría abstracta de ciudadano, dejando de lado su vida individual, su trabajo individual, todas sus condiciones particulares de vida, el hombre *se ha vuelto (devenido) genérico*, por lo que la emancipación humana está totalmente alcanzada." (N.R.).

[5] Max Stirner, *El único y su propiedad*, Utopía Libertaria, Buenos Aires, p. 175. En el texto original se habla del Hombre y del liberalismo, pero ¿acaso el vasallaje a las instituciones y a sus códigos hizo alguna vez diferencias de género? (R.M.).

"¡Oh, mujeres!, ¡mujeres!, ¿cuándo dejaréis de estar ciegas?, ¿qué ventajas habéis obtenido de la revolución?: un desprecio más marcado, un desdén más visible." (Olympe de Gouges)

"Si el feminismo fuera un movimiento racionalista y humanista surgido de la iluminación política de finales del siglo 18, y si la diferencia fundamental entre este movimiento y el movimiento racionalista y humanista tradicional fuera que lo han integrado mayormente las mujeres, ¿sería posible poner en cuestión el racionalismo y el humanismo del movimiento feminista, como se ha hecho unas pocas veces con el movimiento tradicional, o habría que aceptar a la razón como la verdad sagrada y a la humanidad como el nuevo ser supremo heredero de las potestades de Dios para evitar la violencia que este cuestionamiento pudiera conllevar?" (Rene Mostrenco)